

ta mayo, cuando ya tocaba á su término la insurrección de los Comunerios y cuando, por otra parte, los representantes del imperio estaban todavía reunidos en Worms. «Hombres prudentes» decían que más les hubiera valido á Francisco I y á Roberto de la Marca esperar la separación de la Dieta, pues entonces el emperador no habría tenido medio de obtener socorros de los príncipes dispersos.

Conste, sin embargo, que ninguno de los dos adversarios estaba dispuesto, ni debía jamás estarlo, habiendo sido necesario hacer á toda prisa reclutas de hombres que costaron muy caras. Ya lo decía Francisco I: «Para pagar á mucha gente, para ser el más fuerte y pasar por todas partes, se necesita infinito dinero y un tesoro bastante grande queda bien pronto agotado.» Para obtener recursos los dos soberanos apelaron á todos los expedientes, siendo una curiosa coincidencia que Francisco I tomara en préstamo 80.000 escudos á la sucesión de Boisy y Carlos 800.000 ducados á la de Chievres, que murió poco tiempo después que aquél.

Lesparre, enviado al Sudoeste para apoyar á Enrique de Albret, se apoderó de la Navarra española, pero cuando intentó penetrar en Castilla fué rechazado delante de Logroño y vencido en Esquiroz (30 de junio), volviendo Navarra á poder de España. En el Norte de Francia, las tierras de la Marca fueron ocupadas por los imperiales en los primeros días de junio, y Francisco I se limitó á socorrer á Mouzón y Mezieres, porque nuestras mejores tropas se encontraban en Italia al mando de Lautrec y de su hermano Lescun, que, lo propio que su otro hermano Lesparre, debían el favor de que gozaban á la influencia de su hermana, Madama de Chateaubriand. Esta familia de Foix dió, pues, tres generales, todos igualmente incapaces, á quienes se debieron en gran parte los reveses sufridos desde 1521 á 1529; si bien es verdad que Lautrec encontró la Italia casi en su totalidad contraria á los franceses y en tal desorden las cosas que hubo de pagar de su bolsillo una parte del sueldo de los suizos.

Estos fracasos ó estos apuros movieron á Francisco I á aceptar las proposiciones de Inglaterra, por lo que invistió oficialmente á Enrique VIII con el título de mediador y escribió á Wolsey una carta en la que le confiaba el cuidado de su honor y de sus intereses y repetía hasta tres veces la frase «mi buen amigo.»

Las conferencias se inauguraron en Calais el día 4 de agosto, en presencia (en realidad bajo la presidencia) del «Reverendísimo Padre en Dios, Micer Tomás (Wolsey), arzobispo de York, cardenal legado en Inglaterra, lugarteniente del muy alto y muy poderoso rey de Inglaterra.» Francisco I estaba representado por Duprat y Carlos por Gattinara; pero aunque ambos soberanos afirmaban su deseo de paz, sólo la concebían en condiciones que la hacían casi imposible. Gattinara, por otra parte, era personalmente muy hostil á Francia y en una carta á Carlos V declarábase contrario á toda tregua; contaba con la buena voluntad del rey de Inglaterra y razón tenía en contar con ella. Efectivamente, apenas comenzadas las conferencias, Wolsey había marchado á Brujas, en 12 de agosto, para reunirse con Carlos V á quien había mandado decir que quería «advertirle ciertas cosas que ningún hombre viviente debe saber ni oír, excepto él (Enrique VIII), vos y yo.»

Su viaje sólo había de durar una semana, así se lo había prometido á los embajadores franceses en Calais, pero duró tres. Durante este tiempo, tal vez Enrique VIII no se habría atrevido á violar abiertamente su deber de mediador si hubiese visto en Francisco I una voluntad pacífica más resuelta; pero éste tenía gran confianza en su poderío militar. En 25 de agosto de 1521 escribía á sus embajadores: «Y en cuanto á la guerra que sostengo por el lado de Mouzón, Mezieres y Picardía, os advierto que desde esta hora hay en mi reino nueve mil quinientos suizos, y además de ellos, tres mil de los altos cantones que ya han pasado de Lozanne (Lausana). He sacado toda la gendarmería de Borgoña y simultáneamente ordeno al Sr. de Vandosme que haga tocar el tamboril y reuna los diez mil hombres de á pie y de los dos mil caballos (que tiene) ponga mil (en campaña).»

El monarca francés comprendía perfectamente que el cardenal de York «no trabajaba tan virtuosamente como debía» y sus embajadores no sabían qué pensar, «si no es que corre un tiempo en el que es preciso tener buen pie y buen ojo y no fiarse demasiado de las gentes.» Pero Wolsey quizás opinaba también que Francisco I tenía mayor necesidad de paz que su rival y que, por consiguiente, era él quien había de hacer sacrificios; y á los embajadores franceses que se quejaban de las exigencias de los «flamencos,» como se decía entonces, y declaraban que á no ser por el deseo de complacer á Enrique VIII habrían roto las negociaciones, contestábales que esto estaría muy bien si el rey de Francia fuese el más fuerte, pero que sucedía todo lo contrario, puesto que su situación era más peligrosa que la del emperador y que una victoria le serviría de poco, siéndole, en cambio, muy perjudicial una derrota.

Los embajadores de Carlos publicaron un manifiesto en latín ciceroniano muy violento: «*Non Burgundiam, non tot alia dominia, quæ contra omne jus fasque possedit Gallus, non tot injurias majoribus nostris illatas, non totiens rupta foedera, violatum jusjurandum, violatum læsumque a Gallis jus et honestatem publicam præ oculis habuimus* (1).» Los embajadores franceses compusieron otra invectiva tan violenta como aquella y no menos ciceroniana, en la que recordaban la longanimidad del rey para con Carlos, á quien había prodigado constantemente su ayuda y permitido reunir en paz sus herencias. ¿Y cómo había correspondido el emperador á tales beneficios? Con repetidos ultrajes. ¿Y era preciso soportarlos dócilmente? No, por cierto. «*Non feremus, non patiemur, non sinemus! Tantum testamur immortalem Deum, perfidie injuriamque ultorem, non extra culpam esse, curasseque omnia ut bello absteremus, quæ ad pacem quietemque spectarent faceremus: et invitos et reluctantes arma induisse* (2).»

(1) «No hemos querido pensar en la Borgoña ni en tantos otros dominios poseídos por los franceses contra todo derecho y toda ley, ni en tantas injurias soportadas por nuestros padres, ni en tantos tratados quebrantados, ni en tantos juramentos violados, ni en la justicia y honestidad pública ultrajadas y lesionadas por los franceses.»

(2) «No lo soportaremos, no lo sufriremos, no lo consentiremos!» Ponemos por testigo al Dios inmortal que castiga las injurias y la perfidia, de que no tenemos que echarnos en cara falta alguna, que hemos hecho todo lo posible para evitar la guerra, para asegurar la paz y la tranquilidad y que hemos tomado las armas á pesar nuestro y de mala gana.»



EL CARDENAL WOLSEY

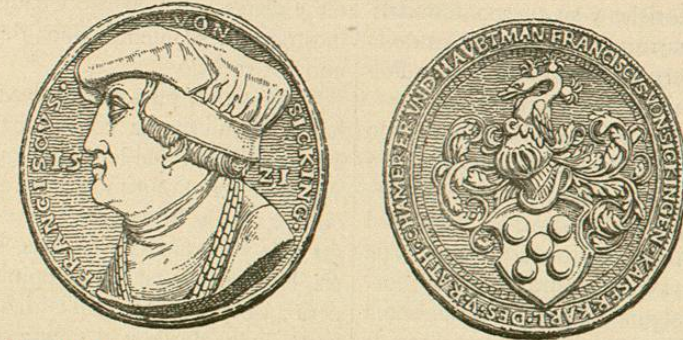


En las fastidiosas discusiones que se sostuvieron hasta la saciedad sobre los mismos puntos, Gattinara afectaba una desdeñosa altivez y Duprat se enredó algunas veces torpemente; así, á propósito del ataque de la Marca, «ofreció su cabeza» si se le demostraba que el rey lo había favorecido, á lo que respondió Gattinara: «Acepto la oblación de la cabeza del canciller,» y al día siguiente presentó una carta de Francisco I, muy comprometedor, acerca de la cual arguyó Duprat de una manera lastimosa. Según parece, ofreció Duprat por segunda vez su cabeza á propósito del reino de Nápoles, diciendo Gattinara con este motivo que «el canciller de Francia se muestra muy liberal de su cabeza» y añadiendo que habría preferido la de un cerdo. Eran estas las bromas de aquellos tiempos.

No les faltaba razón á los delegados del cardenal para

respectaba á Bayardo; y, sin embargo, Madama decía de éste: «es un personaje que vale y merece tanto y tanto que nunca se haría con él demasiado;» pero Bayardo no era de los que saben hacerse valer, y, en cambio, Montmorency no era de los que se dejan olvidar.

Francisco I, que tenía 30.000 hombres de á pie, 3.000 hombres de armas y numerosa artillería, dejó escapar tal vez la ocasión de vencer al ejército imperial mandado por Carlos V en persona cerca de Valenciennes (21 de octubre) y ni siquiera logró impedir la toma de Tournai; además, en Italia Lautrec perdió Milán, Parma y Plasencia y dejó que Sforza volviera al ducado. De aquí que los proyectos de paz que en el mes de octubre habían sido dificultados por las exigencias de Francisco I lo fueran en noviembre por las del emperador. En 22 de noviembre quedaron rotas las negocia-



Moneda de plata de Francisco de Sickingen. (Museo Numismático de Berlín.)

decir: «Estamos de todo corazón pesaros y disgustados al oír tales cosas, porque ciertamente desearíamos la pacificación y el apaciguamiento de estas dificultades;» y en verdad que las discusiones no iban por este camino.

Las pretensiones de los soberanos y la actitud de los plenipotenciarios variaban según el sesgo de las hostilidades que habían continuado durante las negociaciones. Los imperiales se habían apoderado de Mouzón en el mes de agosto y puesto luego sitio á Mezieres: esta ciudad hallábase, al parecer, en tan mal estado de defensa, que poco antes habíase aconsejado al rey que la abandonara; por fortuna no fueron de esta opinión M. de Orval, lugarteniente del rey en Champaña, ni Bayardo (1), que se habían comprometido á defender la plaza, reparando á toda prisa sus murallas y proveyéndola de víveres y municiones. Llamados por ellos, habían acudido allí Montmorency y algunos renombrados jefes, como Montereau y Boucal; y todos juntos resistieron tan bien, que los «borgoñones» levantaron el sitio en 26 de septiembre, al cabo de un mes de ataques infructuosos. «Montmorency y vos, Bayardo, escribía el rey, he visto lo que me habéis escrito y hecho saber por el capitán Pierrepont, á quien os envío á mi vez, y sabiendo que le creeréis en cuanto os dirá, no digo nada y únicamente os advierto que no sólo estoy contento de vosotros, sino que podéis estar seguros de que lo demostraré de tal manera que todo el mundo se enterará.» El mundo había de «enterarse,» efectivamente, mucho más por lo que tocaba á Montmorency que por lo que

ciones, y el 24, Enrique VIII, León X y Carlos se unían en virtud de un tratado ofensivo contra Francisco I.

A fines de 1521, el emperador podía estar satisfecho de los acontecimientos ocurridos: la rebelión de los Comeneros había sido sofocada; Navarra había vuelto á su poder; Florencia y Mantua se declaraban contra Francisco I; Fernando estaba sólidamente establecido en Austria; los opositoristas de Alemania quedaban vencidos, habiéndose refugiado el duque de Wurtemberg en la corte de Francia y Lutero en el Wartburgo; la Cámara imperial había sido reconstituida, y se había organizado un consejo de regencia del que era presidente Fernando. La alianza con Inglaterra parecía absolutamente consolidada, y aunque León X había muerto en diciembre, habíale sucedido Alejandro VI, antiguo preceptor de Carlos y, naturalmente, favorable á su discípulo. Finalmente, el emperador se había aliviado de un gran peso concediendo á los Países Bajos un gobierno especial que confió á su tía Margarita.

En el entretanto, Francisco I seguía dedicando sus principales esfuerzos á Italia. Lautrec recibió un refuerzo de 16.000 suizos, pero no dinero para pagarles (2), y en 29 de abril de 1522 fué derrotado en la Bicoca á causa de su obstinación en atacar al enemigo que se encontraba en una posición defensiva muy fuerte. Abandonado por una parte de sus contingentes, perdió Lodi, Cremona y todo el Milanesado, excepción hecha de las fortalezas de Milán, Cremona y Novara, y regresó á Francia después que Génova hubo caído en poder de los imperiales.

(1) E. Chuquet, *Bayard à Mezières* (Estudios históricos), 1903.

(2) Véase pág. 206.

III.—Complot de Borbón

El suceso capital de 1523 fué la traición del condestable de Borbón (1). La situación de Francia era muy turbulenta: la burguesía se irritaba con las continuas peticiones de dinero, y en el mes de noviembre de 1522 habían sido encerrados en la Bastilla tres consejeros del Parlamento por haber hecho observar que «el rey tenía grandes ingresos y que de éstos nada se hacía de provecho para el reino ni para la cosa pública.» El populacho se agitaba y en 30 de junio hubo casi un motín. Todas las crónicas están llenas de las tropelías de los veteranos que «causaban males inestimables:» una partida de ellos tenía por jefe á un tal Mauclou ó Montelou, el cual fué al fin cogido y, después de habersele cortado una mano en el patio del Palacio de justicia y otra en el atrio de Nuestra Señora, fué decapitado delante de las Casas consistoriales y su cuerpo descuartizado y expuesto en las cuatro puertas principales de la ciudad. También hubo partidas de aventureros en Poitou, en Anjou, en Auvernia y en el Lemosín.

Borbón decía que estaba «disgustado del gobierno desordenado y sensual practicado en Francia por el rey» y dispuesto á reformarlo, y en mayo, junio y julio de 1523 entabló negociaciones en Londres, en Valladolid y en Moulins: «El tal Borbón, escribía á Carlos uno de sus agentes, jura que servirá á Vuestra Majestad contra todos, sin excepción alguna, y acepta desde ahora vuestra alianza y liga defensiva; y en cuanto al rey de Inglaterra, se ha ofrecido á hacer en todo lo que diga y quiera Vuestra Majestad.» El condestable firmó dos tratados, uno con el emperador y otro con el rey de Inglaterra. Borbón había de recibir por esposa á doña Leonor, hermana de Carlos V y viuda del rey de Portugal, ó á doña Catalina, otra hermana de aquél, con una dote de 100.000 escudos; el emperador y el rey de Inglaterra le prometían 100.000 escudos cada uno para sus gastos de guerra; y se estipulaba que el emperador haría atacar Narbona en el mes de agosto y que Enrique VIII bajaría á Normandía en donde habían de «ayudarle algunos hidalgos servidores del referido Borbón, en todo cuanto fuera posible.» A cambio de su intervención, Enrique VIII obtenía de Borbón la promesa de reconocerle como rey de Francia: después que entrara en Francia el ejército imperial, el condestable en persona con sus tropas y con 10.000 hombres reclutados para él en Alemania, «marcharía incontinentemente al lugar que le pareciera más propicio para realizar su misión.»

Estas combinaciones criminales que tan terribles parecían para Francia, fracasaron miserablemente. Ya hemos visto cómo Francisco I, advertido oportunamente, desconcertó los planes de Borbón, quien se vió obligado á refugiarse en el Franco-Condado, no obteniendo mejor éxito en los suyos los ejércitos español, alemán é inglés. En el Sur, los españoles, en vez de sitiar Narbona, se limitaron á atacar Fuenterrabía, que, á los cuatro días de sitio, fué entregada por su comandante, el cual, después de juzgado, «fué degradado de nobleza en un cadalso y declarado villano él y sus descendientes, por haber sido negligente.» En el Este, los lansquenets alemanes intentaron penetrar en Francia por Lorena, pero fueron casi aniquilados por Guisa en el paso del Mosa, delante de Neufchateau: «Las damas de Lorena y de Guisa estaban en las ventanas y tuvieron en ello entretenimiento.» Únicamente los ingleses, que habían desembarcado en Calais uniéndose allí con los contingentes de los Países Bajos, llegaron hasta el Oise, á once leguas de París, produciéndose con este motivo gran pánico en la capital, que muchos habitantes abandonaron. La Tremoille, que mandaba en Picardía, «tenía tan pocos hombres que se veía obligado, cuando el enemigo había abandonado una plaza (el ataque de una plaza), á retirar las fuerzas que había dentro de la misma á fin de ponerlas en otra parte para hacer frente al mismo enemigo.» Los ingleses, sin embargo, retrocedieron ante los refuerzos enviados por el rey y regresaron á Artois; y muy pronto los aliados se mostraron descontentos unos de otros y obraron cada uno por su lado.

Francisco I, pues, no se desesperaba y sin dejar de hablar de la cruzada comenzaba á darse cuenta de la ayuda indirecta que le prestaban los turcos atacando á sus enemigos. Solimán se había apoderado de Belgrado en 1521 y de Rodas en 1522: «El turco avanza cada día más y los turcos cristianos, sobre todo el de Francia, le animan;» tal era la opinión corriente en el Imperio, á pesar de lo cual Ulrico de Wurtemberg, Roberto de la Marca y el duque de Cléveris seguían entendiéndose con Francisco I, quien, comprendiendo perfectamente el partido que podía sacar de su apoyo, sostenía con ellos negociaciones activísimas (2).

Obsesionado por su fatal idea fija, el rey llevó nuevamente la guerra á Italia y confió su mejor ejército á Bonivet. Cuando éste entró, á fines de septiembre de 1523, en el Milanesado, nada resistió al ejército francés «en su primera embestida;» pero luego vaciló y limitóse á establecerse, durante un invierno rigurosísimo, alrededor de Milán, poniendo sitio á esta ciudad. Desde principios de marzo de 1524, los imperiales reanudaron la ofensiva: Colonna, fallecido en 28 de diciembre, había sido reemplazado por Lannoy, general mediocre, pero político sagaz que aportaba á la guerra, á falta de resolución, sangre fría y perspicacia; y los venecianos, que temían más las pretensiones de Francia sobre el Milanesado que las del Imperio, acababan de abandonar la alianza francesa en 1523, con lo que Lannoy disponía de las tropas venecianas y pontificias. Esto y el refuerzo de 6.000 lansquenets alemanes que había recibido, hacía que sus fuerzas fuesen muy superiores á las del ejército francés.

Bonivet retrocedió hacia Vigevano, perdió Vercelli y se concentró por un momento en Novara, en donde esperó la llegada de 400 gendarmes de Francia y 6.000 suizos que habían de bajar de los Alpes por Ivree, en tanto que 6.000 grisonos operaban una diversión hacia Lodi; pero el ejército francés estaba extenuado, sin municiones y casi sin víveres, y muchos guerreros tenían que combatir montados en caballos de marcha por haberseles muerto durante el invierno los de pelea.

(2) Véase también más adelante las págs. 282, 287.

(1) Véase pág. 175-178 en donde hemos estudiado la sublevación del condestable, sobre todo en cuanto á sus consecuencias en el interior del reino.

Atacado cerca de Romagnano por Borbón y el duque de Urbino, que se habían juntado con Lannoy, Bonivet trató de aprovechar la obscuridad de la noche para pasar el Sesia; pero perdió 500 hombres y una parte de sus bagajes y fué gravemente herido en un brazo por una bala de arcabuz y hubo de confiar la dirección de la retirada al conde de Saint-Pol y á Bayardo. Este hizo frente con su vigor ordinario á los que le atacaban, pero un disparo de arcabuz le hirió en los riñones en el momento en que se lanzaba contra un cuerpo enemigo para recuperar dos cañones de que éste se había apoderado. Viéndose perdido, no quiso que le retiraran del campo de batalla, sino que mandó á su escudero que le recostara en un árbol y allí se estuvo besando devotamente la cruz de su espada; recogido por los enemigos, falleció á las pocas horas. Un agente del emperador escribía: «Señor, aunque el dicho Sr. Bayardo fué servidor de vuestro enemigo, es lástima que haya muerto, porque era un gentil caballero, muy amado de todos y había vivido como ningún otro hombre de su estado; y en verdad que lo ha demostrado bien en su muerte, la cual ha sido la más hermosa que jamás he oído referir. La pérdida no es pequeña para los franceses,» palabras elocuentes en medio de su sencillez. Bayardo fué, en efecto, un tipo admirable de valor, de rectitud, de modestia y de bondad, y es digno de notarse que muy pronto, aunque no inmediatamente, se estableció un parangón entre el hidalgo fiel á su rey y el gran señor, traidor á su patria (1).

Los franceses precipitaron la retirada: «Nunca se vió correr á la artillería y á los infantes tan de prisa como esta vez.» Los suizos regresaron á su país por Aosta y las tropas de Saint-Pol por Turín y Suze; Italia quedaba nuevamente perdida para Francia.

IV.—Campana de Pavía

El emperador, que en 1523 había dirigido sus principales esfuerzos por el lado de Italia, no por esto abandonaba sus proyectos relativos á Borgoña y escribía á su hermano Fernando que aprovechara las circunstancias para invadir aquella provincia, y le proponía que se decretara contra él la proscripción del imperio, «como súbdito rebelde por lo que se refería al reino de Arlés, al Delfinado.» El duque de Borbón resolvió entrar en Francia por Provenza, contando con los amigos que había conservado en el reino, y en junio firmó un nuevo convenio con Enrique VIII para decidirle á que invadiera Francia por Picardía (2) y convino con el em-

(1) El *Loyal Serviteur* no dice nada de un coloquio, ó mejor dicho, de un encuentro entre Bayardo y Borbón y sólo habla del español Pescara, en cuya boca pone un discurso bastante largo. Du Bellay, por el contrario, dice: «El duque de Borbón, que perseguía á los nuestros, fué á su encuentro y dijo al referido Bayardo que le daba gran lástima verle en aquel estado habiendo sido tan virtuoso caballero, á lo que el caballero Bayardo le contestó: «Señor, no dudo ser compadecido porque muelo como hombre honrado; en cambio, me inspiráis compasión vos que servís contra vuestro príncipe y contra vuestra patria y vuestro juramento.» Aymar du Rivaill relata el hecho con más sobriedad: «Carlos de Borbón vió á Bayardo moribundo, pero éste no quiso cruzar palabra alguna con él.» (Véase J. Roman, *Histoire du gentil Seigneur de Bayard*, citada anteriormente).

(2) Enrique VIII prometía á Borbón 100.000 coronas de oro, pero siempre con la condición de que el condestable le reconociera como rey de Francia. Véase la página anterior.

perador en que algunas tropas españolas penetrarían en el Rosellón para ir á juntarse con él al otro lado del Ródano. Llevaba consigo el condestable 800 hombres de armas, 1.500 soldados de caballería ligera, 20.000 infantes alemanes ó españoles y numerosa artillería.

A principios de julio atravesó el Var, sin encontrar resistencia alguna, con intento, según se decía, de marchar directamente sobre Lyon; pero los imperiales exigieron que se apoderara antes de Marsella, cuyos marinos causaban grandes molestias al comercio español y estorbaban las relaciones entre Aragón é Italia. Cuando llegó en 5 de agosto delante de la plaza, encontró á los habitantes y á la guarnición de ésta muy resueltos á defenderse; el capitán Renzo da Ceri, un desterrado italiano, era enérgico y hábil, y Andrés Doria, que se había puesto al servicio del monarca francés, cruzaba fuera del puerto y lo abastecía, en tanto que los españoles sólo con muchas dificultades recibían víveres y municiones. Francisco I avanzaba, aunque lentamente, desde Lyon á Vienne y de Vienne á Valence y acabó por establecer en septiembre su campamento entre Avignón y el Durance, de donde no pasó. Los aviñoneses se habían negado á recibir el ejército francés y habiendo enviado Clemente VII al rey un breve en que le recordaba que la ciudad era papal, Francisco I hubo de concretarse á hacer en ella su entrada solemne en 14 de septiembre. Amenazado por la presencia del ejército real, Borbón resolvió dar el asalto á Marsella el 21 del citado mes, pero como sus soldados se negaron á ello, decidió retirarse apresuradamente, y en los primeros días de octubre llegó á Niza, después de haber perdido muchos hombres y una parte de su artillería, aunque habiendo salvado el grueso de su ejército, y entró nuevamente en Italia. Francisco I, que en realidad temía los azares de una batalla, habíase limitado á hacer vigilar las tropas imperiales por Montmorency, recomendándole sin cesar que no empeñara combate.

El monarca, que quería reservar sus fuerzas para reconquistar aquel ducado de Milán que le obsesionaba tan por completo, pasó los Alpes en los primeros días de octubre. Su ofensiva pareció, al pronto, irresistible, puesto que de un golpe llegó hasta Milán, en donde Borbón, Pescara y Lannoy apenas tuvieron tiempo de salir por la puerta del Este, mientras el ejército francés se apoderaba de las fortificaciones del Oeste. Los imperiales conservaron, sin embargo, el castillo, que era inexpugnable; pero se hallaban tan desamparados, que habría bastado muy probablemente un solo ataque contra Lodi para que esta plaza cayera en poder del rey de Francia. Francisco I no se atrevió á intentarlo y condujo su ejército hacia Pavía.

Pavía está situada en la orilla izquierda del Tesino que, aguas arriba, se bifurca en dos brazos formando una gran isla en la cual había, en el siglo XVI, el arrabal de San Antonio. La ciudad hallábase rodeada de murallas cuidadosamente parapetadas que por la parte Norte encerraban un castillo; al Este, un rápido arroyo, de escarpadas márgenes, el Vernavola, corre de Norte á Sur y antes de desembocar en el Tesino deslizase paralelamente á las murallas de las que le separa un espacio de una milla ó milla y media, lleno en el siglo XVI